

INTENTO DE DELIMITACION DEL TERRITORIO DE LOS GRUPOS ETNICOS PASTOS Y QUILLACINGAS EN EL ALTIPLANO NARIÑENSE

ANA MARÍA GROOT DE MAHECHA – EVA MARÍA HOOYKAAS

*Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales,
Banco de la República*

Para quienes, por una u otra razón, habían superado el esquema simplista y comúnmente aceptado sobre la distribución de los grupos étnicos en el siglo XVI en Nariño y el de los correspondientes complejos arqueológicos el panorama histórico de esta región se había tomado sumamente complicado. Numerosos interrogantes y vacíos de información impedían tratar en conjunto la información de las diversas fuentes con la seguridad con la cual se podía hacer en otras zonas. ¿Hasta qué punto podía confiarse en la información de Cieza de León y qué tan exacta era la delimitación por él establecida? ¿Por qué continuaban apareciendo vestigios arqueológicos claramente vinculados a la cultura Capulí en territorio Pasto? ¿Cómo se vinculaban históricamente los grupos indígenas actuales a los del siglo XVI?

Entre los especialistas interesados en el tema existía un enorme interés por conocer los resultados de los estudios enfocados en esta dirección y realizados desde 1975 por Ana María Groot, Eva María Hooykaas y Luz Piedad Correa. Una sana prudencia de las investigadoras las había llevado a abstenerse de divulgar los resultados en vista de la necesidad de allegar mayor información antes de proponer conclusiones y modelos. Felizmente esta segunda etapa se efectuó en 1989 y como consecuencia fue posible publicar el libro que reseñamos.

La primera parte comprende el estudio de las áreas lingüísticas efectuado por Eva María Hooykaas en 1975-1976. La delimitación de cada una de las áreas está precedida por una juiciosa evaluación crítica de las fuentes que pone de manifiesto las limitaciones y los errores que tienen las crónicas,

los documentos de archivo, la cartografía, las leyendas y el idioma vivo. Llama la atención aquí la crítica que se hace a la "Crónica del Perú" de Pedro Cieza de León; con gran habilidad y perspicacia Hooykaas deja sin piso el muy favorable concepto en el cual se ha tenido siempre a este cronista. Se demuestra aquí que Cieza no conocía con tanta profundidad como se creía muchos de los hechos que refiere y que, en más de un caso, estaba confuso respecto a la existencia y ubicación de sitios y provincias.

En el segundo capítulo de la primera parte, Hooykaas aborda ya de lleno el asunto de delimitar áreas de distribución de toponímicos. Para hacerlo debe, sin embargo, realizar una cuidadosa labor de estratigrafía lingüística con el fin de retirar las capas hispana y quechua "destapando" las lenguas Pasto, Kamsa y Sindagua. Como subproducto la autora logra delimitar también el área de distribución del quechua nativo (Inga) y el de los quechuismos tardíos. Los mapas de distribución que se obtienen son coherentes y revelan la existencia de núcleos territoriales con una fuerte y larga tradición de predominancia lingüística, especialmente en el área Pasto. Surgen, como es natural, áreas con mezclas y superposiciones en las fronteras y, además, algunas sorprendentes e interesantes extensiones no muy fáciles de explicar.

La segunda parte comprende los trabajos de prospección y excavación arqueológica realizados por Groot en las dos temporadas de trabajo. En líneas generales la definición de complejos cerámicos conserva los lineamientos que, a través de

varios trabajos anteriores, había logrado obtener María Victoria Uribe. Hay, sin embargo, interesantes aportes que enriquecen los conocimientos de la arqueología de Nariño; entre éstos cabe destacar una nueva fecha del siglo VI que amplía considerablemente la antigüedad del complejo Piartal y la reseña y descripción de terrazas de cultivo en la hoya del río Guaitara.

Las conclusiones son, como podría esperarse, tentativas y supremamente prudentes. Algunos puntos básicos de primera importancia quedan, sin embargo, definitivamente resueltos; la identificación de los actuales grupos Awa-Kuayker como descendientes de los antiguos sindaguis y de los sibundoyes como supervivientes de los quillacingas despejan muchas dudas y aportan valiosas luces para los estudios etnográficos actuales.

Quedan todavía cuestiones fundamentales sin resolver. Es preferible que así sea, pese al gran avance que significaría su definición, ya que las evidencias aportadas por la lingüística, la historia y la arqueología no son conclusivas. Aún tenemos una etnia histórica (la de los quillacingas) cuya existencia está comprobada por fuera de toda duda y que no puede ser identificada con ningún complejo arqueológico conocido y, por otro lado, un complejo arqueológico (Capulí) fechado entre los siglos IX y

XV cuyo correspondiente grupo histórico no se encuentra.

El enfoque interdisciplinario cuya utilidad en este caso es tan evidente queda lamentablemente desaprovechado en buena parte debido a que en las consideraciones finales no se realizaron todas las comparaciones y discusiones que un material tan rico habría permitido.

A nivel gráfico podría haberse diseñado, por ejemplo, un sistema que permitiera superponer las áreas de distribución lingüística, las áreas de dispersión de los complejos arqueológicos y los territorios históricos delimitados por Cieza de León. En la presentación actual del libro tal labor le queda al lector y se vuelve un tanto complicada y dispendiosa, perdiéndose de esta manera buena parte del efecto.

En todo caso, la publicación tan largamente esperada representa un soplo de aire fresco y un innegable avance en la investigación de Nariño cuya arqueología había quedado prácticamente estancada desde la finalización de los trabajos de María Victoria Uribe si se exceptúan los cortos trabajos de salvamento realizados por Gilberto Cadavid en Tajumbina y Felipe Cárdenas en Pasto y cuyos resultados aún no se publican.

Roberto Lleras Pérez

